



LA DANZA INSUMISA
DE LOS CORDEROS

Juan Enrique García-Gatica

LA DANZA INSUMISA
DE LOS CORDEROS



Primera edición: abril 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Juan Enrique García-Gatica

ISBN: 979-13-88195-40-2

ISBN digital: 979-13-88195-41-9

Depósito legal: M-9437-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Mi nombre de pila —a pesar de no haberme hecho servir, ni por asomo de esa ni de ninguna pila parecida— es Pastor y mi apellido, inoculado a través de quizá qué malas artes, no es otro que Vallado. Esta convergencia semántica me ha llevado a la obsesión de diseñar y construir en mi entorno una segunda piel, que llevara el sello de un inventado oficio de pastor —impostada dedicación (no ausente de contradicciones) a la que a continuación intentaré referirme y que a mucha honra adscribo— de una docena de ovinos desmadejados y de mirada tierna, a los que, tal como mandan los rigurosos cánones de este oficio, mantengo muy bien vallados (aunque debo confesar que en más de una ocasión alguno las ha emprendido a territorios de un señor que no conozco, de apellido Villadiego). Porque, como bien dijo un pueril y bien intencionado, a los desmadejados de esta tierra hay que mantenerlos muy pero muy bien vallados. Esto que puede parecer un mero acertijo u ocioso juego de palabras sin mayores moratones puedo asegurar que es algo mucho más grave. Es, en efecto, la punta de un iceberg que no imaginan qué catastróficos efectos a mis fueros tanto internos como epidérmicos ha llegado a ocasionar. Debo también aceptar que tanto lo de este amado oficio que me he autoasignado y he tenido a bien confesar como lo del jodido apellido maridan a la perfección tanto en densidad como en la profundidad del drama. Ahora bien, pienso que tampoco sería demasiado pedir que preceptos de tal envergadura, que cohabitan un mismo ovillo, pueden llegar a convertirse en insoportable infiernillo para todo bien intencionado que lo padezca.

Pues es exactamente lo que, de un tiempo a esta parte, me ha venido sucediendo y que, de alguna manera, aunque parezca mentira, ha condicionado gran parte de mi comportamiento, manteniéndolo bastante fuera de los cauces considerados normales. Ustedes

me dirán que a qué viene tanto lamerse heridas y rasgarse unas vestiduras, ya rasgadas de por sí, por tan nimia y poco relevante causa. Mi respuesta no es simple. Entre otras razones, porque simplemente para quien lo padece no lo es. Lo que sí podría asegurar es que tal estropicio a esta razón pura no debe bajo ningún concepto ser achacado a quienes son mis incondicionales compañeros de viaje y de rutina. ¡Faltaría más!: mis melancólicos ovinos que, fieles a sus principios, pastan plácidos y se solazan cohabitando y, sobre todo, «habilitando» el buen funcionamiento de mis neuronas. Puedo, además, asegurar que tales culpas recaen, por un lado, en algo para mí absolutamente irrenunciable, como son aquellos líos semánticos de que hablaba, pero no solo eso, pues también —aunque me cueste reconocerlo— tienen buena parte de culpa ciertos rasgos contradictorios y paradójicos de mi jodida personalidad. Rasgos que creo arrastrar desde el comienzo mismo de mi existencia y sesgada sinrazón. Reflejado y atribuible a una mixtura de sueños, señuelos y dudosa realidad, los que, con la insustituible colaboración del tiempo, mi mente —casi por inercia— ha ido macerando y entretejiendo, lo que ha dado como resultado un compendio de «microrrelatos» o mosaico de realidad paralela fraguada por mi mente, que en ocasiones me supera, y no sabría por qué jodida razón ha ido desarrollándose y hasta cierto punto escapada a mi control. Como no ser solo un ejercicio simplemente lúdico, destinado a ocupar tardes tan ociosas como estas.

Luego de esto, que puede ser más bien una declaración de intenciones, más que de principios, he decidido serenarme y poner las cosas en un tiesto más receptivo y darle un poco más de cuerda a esta especie de ruleta rusa —que buena falta le viene haciendo—, así como dejar de poner tanto empeño en cavarme propios agujeros e insistir con los consabidos tartufismos de echarle culpas a inocentes empedrados.

Así las cosas, he llegado a la fatalista conclusión de que, haga lo que haga o lo deshaga, seguiré siendo el Pastor Vallado de toda la vida. Y, por lo pronto, será mejor dejar el tema que se pudra en

solitario y pasar a otro de más fácil remontada, ya que tampoco sabría decir a cuento de qué he traído tal mandanga marinera a una mesa tan bien servida. Sin embargo, aunque solo fuera por ahondar sobre lo mismo —que significaría no soltar del todo la hebra—, al cabo de una semana de meditada reflexión, creo haber dado con la verdadera hebra o madre de este «cordero»: en efecto, pienso con el corazón en mano izquierda —que es donde siempre ha de estar situado— que el hecho de haber desnudado tantas ingentes desnudeces de esta soberana integridad, al menos, habrá servido —así sinceramente lo creo— para, *in nomine*, como se suele decir, traer al coladero uno de los más grandes temazos del siglo y madre punitiva de todas las madres de algo tan siniestro y nuestro como remoto, que —como diría un cultivado— tanto antropoceno bochornoso ha traído a nuestra especie. Se trata del tema (nada menor) de las sacrosantas dependencias, con que los *coronados* de toda la vida nos han atado de extremidades y neuronas al carromato de sus apolilladas diestras, para luego pasar sin ningún recato ni pudor a mearse y cagarse sobre nuestras desprotegidas cabelleras. Quienes, a su vez, en una suerte de domesticado síndrome de Estocolmo, han hecho de nosotros los sumisos y dependientes corderos que definitivamente somos, adheridos por afición o vocación a su detestable zaga de poder. Situación que, inexorablemente, nos lleva a una segunda y fatal conclusión (que desde luego no será la última): puesto que, ya sea por sometimiento a taras heredadas o casposas convenciones —culturales, políticas, religiosas, represivas o autorrepresivas (que viene a ser lo mismo), o de la índole de que se trate—, nadie tendría por qué puta mayestática autoinvestidura, y perverso afán fagotizador, imponérselas al resto. Con el agravante de que tanto las unas como las otras han sido grabadas sobre nuestra piel, a veces a fuego lento, otras a fuego rápido, previa castración de flujos neuronales. Falaz cultura dominante, impuesta por quienes se constituyen en jueces y parte de este ominoso cotarro... Eso... ¿o quizás algo más?

Solo agregar, quizá, que el hecho de arribar a esta segunda conclusión no solo debería conllevar irritabilidad extrema, sino también la paradoja, igualmente extrema, de liberación de todo de cuanto oxidado y casposo tiene este cainita y perro mundo que habitamos. Un mundo propiciado por quienes tan hábilmente obligan a hacer sonar a gusto y gana las campanillas al resto de campanilleros. Manteniéndolos en permanente estado de aguda genuflexión y alienación. Situación que, como final existencial de recorrido, nos debe conducir, en tercera vuelta de rueda, a una última y extrema conclusión (esta sí con claro tufo a extremaunción) que implica no solo una descalificación genérica —más bien genética— de todo o casi todo cuanto nos rodea, incluyéndonos a nosotros mismos. Con la que, por las razones que sean o hayan sido y atenuantes que se pongan, hemos estado por siglos aceptando lo antiético como ético, lo inmoral como moral, lo injusto como justo, lo odioso como amatorio, lo inasequible como asequible, lo desequilibrante como equilibrado, etc. Desnudando la impostura de haber aceptado ser lo que no se es. Y, en el marco de un solipismo tan abismal, no cabría otra solución (lo que tampoco debería ser el objetivo) que tejerse un camuflaje o blindaje protector ante tal tipo de interpolaciones. Extensible a las más vulgares e implantadas corrientes y conductas de lo que impera y se entiende como silogismo sobre unas *verdades* impuestas. -

Todo este machacón análisis, más propio de un profeta marginal —que tampoco sé a cuento de qué lo he traído aquí—, creo que en algo podría emparentarse con un sorprendente sueño que tuve la noche recién pasada. En él, una inquietante pesadilla irrumplía colapsando lo que hasta aquel momento era un dulce y ensoñador descanso. Daba forma la tal pesadilla a un fenómeno absolutamente alucinante de antropomorfismo colectivo —deduzco, provocado por las intensas auras migrañosas que cada noche suelo padecer antes de que el sueño me derrote, unido a la ola de calores extremos que últimamente nos vienen asolando—. En dicho sueño-pesadilla se incorporaban a animales de la especie que fuera, y a

libre elección de cada cual, características esencialmente humanas. Es decir, a aquellos que etiquetamos, con supremacía soberbia, como seres *irracionales*. Pues bien, en mi condición de endémico volador sin alas, elegía a uno que, en mi caso, no podía ser otro que uno de mis dulces y amorosos cuadrúpedos (esos ideados para exclusivo disfrute de mi afebrada y onanista imaginación). A tal ungulado ser le había implantado, no sé por qué afebrada razón, la cabeza de mi tío Sagustino, plantígrado mayor y hermano de leche de mi difunto padre, famoso por su condición de lo mismo, situación, evidentemente patológica, que él, muy orondo, se ha esmerado siempre en destacar. A partir de ahí se iniciaba (según el sueño) una serie de chascarros que no es el caso detallar, dado que solo serviría para desviar la atención de lo medular. La que tampoco convendría adelantar, ya que echaría abajo buena parte del relato. ¿Por qué?, dirán ustedes. Simplemente porque así lo ha concebido este maldito relato. No me viene a la cabeza otra explicación (?).

El caso es que, al final de tan onírico rodillo mental, y ya devuelto a tierra firme, desperté, como quien dice, satisfecho de haber conseguido llegar a la ansiada vigilia. Por consiguiente, haberme liberado de aquellas tan distópicas alucinaciones que me hacían saltar sobre la cama. Salí, pues, disparado del reducto. Casa en que en reclusión solitaria vivo desde hace más de un año; soledad que practico contra mi voluntad, después de uno más de mis cuantiosos y rotundos fracasos sentimentales.

Aún no recuerdo exactamente cómo se desarrollaron los hechos, pero, tras una espectacular frenada sobre la húmeda calzada y no recuperado del todo mi entendimiento, busqué dirigir mis pasos a mi rutinaria y ya comentada ocupación de perito en rumiantes cornamentados. Los que, entre otras cosas, según la leyenda clásica, el contarlos de uno en uno siempre se ha aconsejado como infalible método para amigarse con un señor llamado Morfeo, creo recordar dios griego de los gandules... Oficio que, por lo demás, a menudo practico, junto a una que otra de mis poquísimas luces. Una de las cuales es mi intención encenderla, a ver si en algo puede

dar luz al camino que a partir de ahora intentaré iluminar. Dicho lo cual, sin más preámbulos ociosos, paso a lo que sigue...

Y lo que siguió —luego de superar otras tantas auras migrañosas, esta vez mañaneras— fue conseguir centrarme en lo importante —que, a decir verdad, tampoco sé exactamente qué coño es— para, acto seguido y después de un breve lapsus que para mí fue de estupor, encontrarme de bruces rodeado de un rebaño de unos veinte a treinta mal agestados ovinos, todos embaucados en lo que me pareció un ejercicio introspectivo o de aquello que se dice de clásico masoquismo espiritual. Que los humanos carentes de autocrítica y originalidad solemos mencionar como meditación retrospectiva o aceptación pasiva de lavativas neuronales.

Observé —como decía— en prácticamente todos ellos algo que llamó poderosamente mi atención y que, después de meditarlo un poco más, me pareció de la lógica más elemental. Ya que también pensé (no sé si acertadamente) que, fruto de aquellas clásicas disfunciones espirituales o mentales que suelen acosarlos, se encontraban en claro proceso de embaucamiento prospectivo. Esto provocado por la abierta acción provocativa que sobre ellos ejercía una plantación clandestina de cannabis del tipo índico que crecía en los riscos que tenían ante sus legñosos ojos. Debo agregar que, por algunos gestos que detecté en más de alguno —escorados más bien a lo analítico, incluso a lo simbólico—, cuestionaban, con cierto fervor crítico a la vez que fagocitable, la validez y peso específico, así como los beneficios de aquella santa y bendita hierba. Tanto en lo relativo a su forma y contenido como a la calidad y densidad (provocativa) de los mismos. Lo que me hizo pensar en la enorme capacidad de perecibilidad y análisis crítico, en lo referido a realidad circundante que tienen los corderos, adquirida quizás al meditativo y reflexivo acto de rumiar, facultad que hace a esta especie grandes y procelosos pensadores.

En más de uno de ellos pude también detectar —algo que no me pasó de ningún modo inadvertido— rasgos similares a los que adoptan las comadreja cuando se las acosa; es decir, cejas en pun-

ta, ojos platógenos, sonrisa encubierta... Así como, en otros —por sesgos de sus rostros, que igualmente traduje como conspicuos y hasta cierto punto compungidos—, me hicieron recordar, aunque no venga precisamente al caso, a una pariente lejana de mi padre, de nombre Minervina la del Bello Canto, insigne justamente por lo mismo. Reflexión que en buena medida me derivó —en una, digamos, curiosa parábola mental— al comportamiento existente entre la psicología animal y la parapsicología humana, a pesar de que ninguno de los dos encajaran del todo con dicha remembranza parental. Aunque, tras pensarlo un poco más, ambas me parecieron encajables, al menos en algún que otro de sus opiáceos recorridos. De cualquier manera, ninguno estimado palpable o reconocible, debido a lo confuso de la situación reinante. Otro caso que de reflón clamó mi urgente atención y que vino a confirmar —pie en tierra, como alguien dijo— que la anteriormente antropoensoñación padecida en formato pesadilla de esa otra noche podría tener —dado lo observado— visos de sólida sustentabilidad y franca utilidad para los retorcidos fines que mi mente comenzaba con sibilina insistencia a cavilar. Situación que —ya sea por nostalgia compulsiva, por analogía reductiva, por inercia igualmente reductiva o simplemente por desgaste, esto último quizás alevosamente inductivo— me hizo, no sé por qué otra jodida razón, concluir que nadie en este mundo debería someterse a tales ponderaciones perdonavidas. Solo propias —también peregriné en mi reflexión— de monjes traperos o de cuasimodos indignos...

Sin embargo, tras poco andar, en plan más sereno pero igualmente deductivo, concluí que tal experiencia podría serme de utilidad para una mejor comprensión, trazabilidad y esclarecimiento, tanto en mis recorridos interiores como para los proyectados. Siempre que no me significaran caer en una trampa más de las tantas premonitorias que no sé por qué puta razón sentía que me terminarían afectando.

Apartada de mí, pude visualizar que lo verdaderamente válido y ejemplarizante venido a cuento de todo este aparente desen-

cuentro fue lo que vino a ocurrirme no mucho más adelante del transcurso de esta pergeñada historia. Ocurrió justo después de haberme enfundado una vestimenta mental más acorde a los fines perseguidos. Sorprendentemente, irrumpió en esta desahuciada calabaza la cita de uno de esos eternos parlanchines y célebre veneciano, de cuyo nombre no hubiese querido olvidarme y que por desgracia he olvidado. Venía el susodicho, a aseverar más o menos la siguiente sentencia: «El pensamiento débil (*Pensiero débole* decía el muy inmune) en modo alguno debería dar pasto y miel a inmolaciones... Sobre todo si el incauto o iracundo de turno se encuentra en la senda o antesala de su propio averno... o érevolo en greco clásico», o putito inferno en lenguaje más basto pero más rotundo, profundo y claro —fue lo que me permití agregar—.

Esta evocante y envolvente remembranza (o cita magistral, suficientemente salpimentada) hizo aparición en mi cerebelo —de chorlo endémico, como se ha dicho e insistido por ahí, por lo demás fácilmente comprobable— solo minutos antes de cruzarse en mis rutas el *desmelenado* Olegario Díaz, al que creo que no veía desde la última Pascua de Resurrección del reciente pasado siglo. De primeras, como es de imaginar, me costó un continente volver a reconocerlo. Sobre todo, porque, aparte de la enorme mochila hawaiana que portaba en su hombro izquierdo y que ocultaba parte de su marfileño rostro de guiñol, comprobé, con asombro, que había desarrollado en ambos costados del mismo unas turgentes protuberancias que, como alforjas de aguatero, portaba con el desparpajo propio de los arlequines. Al mismo tiempo, alcancé a comprobar, por cierto a la carrera, que a él, al igual que a mí, le costaba otro tanto volver a conocerme, que, como es sabido, tal venturoso término —desde ya *protogramatical*— no tiene el mismo significado al empleado por mí, al referirme con similar propósito a análoga situación. Puesto que el término reconocerlo —me dije entonces— supone palpar con el máximo detalle, detenido tiempo y perspicacia perceptiva (incluso táctil) a la víctima observada. Cosa que, en el caso que nos ocupa, dicho peregrino examen debía

ser drásticamente descartado. También pude observar que huía de algo que claramente no veía, pero que supuse que venía tras de él y que, evidentemente, lo acosaba. Ante tan extrema situación, atribuyéndome dotes de vigilante jurado —que, de más está decir, no me correspondían— me interpuse brutalmente en su carrete, conminándolo a detenerse y exigirle mínimas explicaciones, tanto acerca de su errático circular de un lado para otro en el humeante pavimento como acerca de sus inquietantes malformaciones psicofaciales, que sinceramente esperé que no se hubiesen extendido a otras anatomías, sin duda más comprometidas, pero sobre todo las de su mente. Las que, ¡oh, sorpresa!, inexplicablemente desaparecieron bajo el influjo de un inopinado y enigmático gesto de su parte, que, cual arco voltaico, rompiendo toda deriva de lógicas certidumbres, nos abarcó a ambos por igual. Otro hecho destacable fue su frenada sobre las húmedas baldosas de la acera —aunque pudiera interpretarse como mero accidente—, lo que entendí como abierta provocación hacia mi persona. Puesto que al detenerse, ya en terreno calaminoso, procedió a observarme, creo recordar, de arriba abajo con desdeñosa mirada de búho presumido, seguido de la siguiente y tácita interrogante: «¿De dónde sales pedazo de...?», «¿Y qué puta suerte te ha traído a mis dominios?». Brutal inquirimiento, que, si bien no fue verbalizado, sí en cambio podría entenderse, dada mi conducta de impostado interpelador, pero que, a pesar de todo, interpreté como de arrogante e inaceptable altivez. Situación que con cierta dificultad pude remontar, interponiéndose todavía entre ambos una tupida telaraña que, a pesar de su densidad y aparente infranqueabilidad, fue por ambos traspasada como inequívoca señal o disparo de salida para la recuperación de un pasado plagado de filibusteros subterfugios, hechos a medida para el par de forajidos que en aquellos pretéritos años habíamos rengueado entre multitud de señuelos y otras linduras de parecido talante y categoría.

—¡Asombroso! —exclamé entre frustrado y aturdido, sin saber si lo que decía era para ocultar, o no, mi propio desconcierto.

—¡¡No sé de qué te asombros, hijo de quien pareces ignorar...!!
—contestó, deslizando sugerentes escupitajos de bilis tras una tajada de mirada que en ningún momento declinó, para acto seguido sentencioso exclamar—: ¡¡Si eres tú quien te has interpuesto en mi legítima burbuja...!! ¡¡Pan de...!! Además debo agregarte que, aunque no lo parezca, soy trashumante como el que más... e igualito que tú, huyo de un rebaño... En este caso, de uno inmenso, muy real, muy peculiar y por cierto muy malparido... Un rebaño del que ambos formamos parte y del que no gozamos ni mínimamente del recuento ni menos del reparto... Además, si me apuras, puedo enumerarte los estanques y estaciones que llevan directísimo a ese infierno —agregó sin inmutarse ni cambiar su enigmático semblante y traqueteante tono de voz.

Que, a decir verdad, no alcanzó ni en lo más mínimo a alterarme, ni mucho menos a emocionarme, porque observé que, tras esa fraudulenta firmeza que se esforzaba en exhibir, con igual rotundidad evidenciaba una untuosa y ostentosa inconsistencia, puesto que, acto sumado, realizando un copernicano giro sobre sus talones, quedó literalmente sentado a pies cruzados en el enlosado de la calle y frente a mí. Ante tal rocambolesca *performance*, sin esperar ni un segundo, aunque sin poder ocultar del todo mi sorpresa, le espeté:

—¿Qué te propones, Olegario...? Siempre rotando como un trompo... Y ese lenguaje... ¿Acaso te crees un planeta? —Para acto seguido, y más para mis adentros que para mis afueras, entre dientes, farfullé—: Trompo... Trompo... ¿¡He dicho trompo!?! ¡¡Pero, claaaro...!! ¡Cómo es que lo he olvidado...! Esos giros en redondo sobre tus talones... ¡Claro...! Era ese el mote que te pusimos en el insti... El trompo loco. ¿Lo recuerdas? ¡Toda la vida sacándole el culo a la jeringa!... Porque, a ver si nos aclaramos, Olegario... Tú sabes quién soy yo... ¿O es que ya lo olvidaste?

A lo que Olegario, esta vez más tumultuoso que nunca, respondió:

—No sé qué decirte, Pastor, porque creo que soy de la misma cureña que te vio parir a ti y a tu rebaño... Sin embargo, debería

por completo desconocerte, porque..., si eres el que creo que debes ser, veo que, como mínimo, te has dejado más de alguna compra en el mercado... Sobre todo una muy importante que ahora creo recordar y que tu infausta desmemoria pareciera haber olvidado por completo. Porque, dime..., ¿no te decíamos el Vallado en el cole? De seguro lo recuerdas... ¡¡Claro!!... El Vallado..., el de las medusas y malparidas vallas te decíamos...

—¡¡Maldito seas...!! Que te parta un rayo... Otra vez con la mierda esa...

—No hace falta... Porque, según me ha llegado desde tus tupidas redes, te has convertido para todos tus efectos..., ¡y deefectos!, en pastor anónimo, y para más ahogamiento... sin ningún rebaño que vallar. Como no sea el mismo que motiva mi huida. Creo, sin embargo, que deberías saber controlar esa parodia de ovinos que campa como Pedro en tus neuronas. Porque, en lo que a mí respecta..., decirte que, sobre todo, deberías desatascar las de tu masturbada imaginación, y te puedo asegurar, jodido Vallado..., que te evitarás más de algún revolcón... Y, de paso, te enterarías de lo que está ocurriendo más allá de tus torcazas.

—De mis narices... querrás decir, imbécil. ¿Por qué crees que no me entero?

—¿Y tú qué crees...? Porque así, a vuelo simple..., de solo verte me lo parece...

—Agarro pues a vuelo simple y mío propio lo que creo. A ver si así nos enteramos de qué va toda esta puta mierda. Y, para comenzar y mayor aclaración, decirte que lo que llanamente creo es simplemente lo que creo debo creer... ¿Parece obvio? ¿O no? Sin embargo, admito que no estoy del todo seguro de lo que de verdad crea y, por tanto, de lo que necesariamente deba creer... ¿Me coges? Porque, si me miro a mí mismo y si lo bien miramos, nadie en este mundo puede librarse de esta jerigonza, experta en escudriñar ajustes de entre lo que creemos y lo que nos hacen y han hecho creer, y lo que debemos creer o dejar de creer.

»No obstante, si hay algo en que esas impuestas creencias (las que sean) no admite dudas es que los miembros de este rebaño del que formamos parte no somos más que crédulos corderos, nunca mejor dicho, a la vez que víctimas y victimarios de todo lo que nos han hecho creer. Así de simple. Y también creo que existen, y bien señalados, unos padres (punitivos y putativos) de todo este pútrido manjar... Y, por tanto, es en este punto donde deberíamos afinar la puntería y las musculaturas. Quiero decir, agarrar de los cuernos a ese puto *pan-de-mo-nium*, como habría dicho un tío mío, que nos tiene bien atado a sus pretinas, y, de una vez por todas, darle... Es decir, de escupitajos y patadas por el culo como bien se merece el muy cabrón. En resumen, de poco menos a poco más y parte de lo que creo y de lo que pienso que deberíamos creer...

—Sospecho, *mi querido* Vallado, que estamos en plan de mostrarnos los colmillos, que es lo mínimo que debe mostrarse en estos casos para *sigosiguiente en el envión* subirnos al mismo carro o a carros padecidos. Esto pareciera claro... ¿No es eso la verdad de las verdades? Lo que ya no lo es tanto, y para pensárselo un poco más y más aconsejable, sería que cada cual se subiera al suyo propio... Y esto, porque al tuyo no lo veo muy estabilizado ni seguro... No puedo decirte en qué, ni por qué, pero hay algo que se me escapa. Por lo cual, para no venirme *guarda abajo del campino*, debo, lo que se dice, reforzar algo más las amarras...

—¿Ah, sí...?. ¡Es que a cada paso que das, Olegario, con el tremendo mazo te vas dando... ¿Qué es lo que te parece tan confuso? ¿Que acaso no sientes el aliento apocalíptico que golpea desde atrás a tus albóndigas y pone en entredicho todo cuanto hasta ahora nos han hecho deglutir y con tan mala hostia digerir? Porque... Ya me dirás... Dado el estado terminal del enfermo y la categoría de los enfermeros más el estado catastrófico del motor, creo que ha llegado la hora de cambiar toda esa puta maquinaria desde las mismísimas bases. Bielas, volante, baterías y frenos incluidos, y hacer votos para que, más temprano que tardíamente, una nueva humana marea, que también hay que decir, no se ve de

dónde pueda venir, libere esos atascados ductos arteriales, sobre todo los mentales y espirituales. En otras palabras, de lo que se trata es de sacarle la careta al hipócrita convento y de que un eficaz sumidero se lo trague de una sola puta vez... Eso es básicamente lo que también creo o más bien quiero creer...

—Mira..., Vallado, tras esta perorata que tan impunemente vuelca sobre mi humilde cabezota, creo que, sin muchas gárgaras, ni emborrachar más de lo conveniente a la perdiz, podría con voluntad de parte conseguir encaramarme a tus carriles... Pero antes me preguntabas: «¿De qué huyes, Olegario?». Luego te respondo, pero primero debo confesarte que la profecía de fe a que me obligas, en parte empalma con lo que últimamente ha estado comiéndome los sesos; y es de lo que se supone que tú y yo huimos. Por tanto, creo que existen empolvados más que suficientes para subirnos al iluso carromato... Pero, volviendo al comienzo del comienzo, aclararte que lo que tú llamas huida y que yo llamo *estriatégia* en retirada...

—Bueno, bueno..., Olegario, también la historia registra a un famoso Bruto. A uno de esos *estriatégicos* que tú llamas. Uno que asesinó a otro que no lo hacía mejor... Porque, como canta el rui-señor; Bruto mató a Cesar y... Pero, aun así, no sabría decirte qué consecuencias tuvo para aquel magnicida, pero que haya huido... seguro que no. O quizá sí... Pero, pasándome a otro lado de esta baraja, debo confesarte que algo de esto me ha ocurrido también a mí, cuando, en atardeceres tan licenciosos como estos, me he sentado junto a mi perro faldón en una piedra de la escollera a meditar sobre malas y buenas prácticas de mi licenciosa vida pasada. Y, en ese riesgoso ejercicio de levantar telas de cebolla, he podido desentrañar el meollo generador de todas nuestras penas y calamidades, así como de esas sacramentadas verdades que nos han hecho mamar y que nos han traído al lugar en que ahora estamos. Y es eso, lo que este cenáculo de mazmorra que nos parió y nos amamanta, también llamado sistema, lo que se afana en mantener oculto a vistas y olfatos del rebaño. Algo entendible, puesto que,

de entre el tonelaje de mierda putrefacta que defienden y protegen, se encuentra la mayor falaz de las palmigrulladas. Aquella que propicia y sanciona el sacrosanto acto emprendedor de mirarse el propio ombligo como única y máxima expresión de logro y rebeldía. Operación sistémica y eficaz como mecanismo de manipulación y cultivo de la huerta. Esto es tan cierto como que ahora mismo no miro mi ombligo. Lo que sí miro con atención son tus roídas sandalias, las que, tío, ¿que no lo ves?, ¡¡te se caen a pedazos...!!

—Pero, bueno..., todo esto nos lleva a la siguiente conclusión: que a contracorriente y en estas contaminadas aguas es por donde debemos ponernos a navegar...

—Puede..., puede ser Vallado, pero antes, deja, por favor, que te aporte con algo de mi parte...

—¡¡No..., no por favor...!! ¡¡Que no ves que con tus jodidas y disléxicas pijotadas empañas este instante de mesianismo iluminado que me embarga!! Porque, escucha bien, lo que viene a continuación apuntará todavía más al clítoris de la Diana. Por tanto, si me lo permites, doy por iniciada la comedia y, para su mejor destino y eficacia, mucha mierda, como diría un indemne del oficio...

*

La escenificación que viene a continuación —dejando de lado la monserga—, se ha planteado con acordes y acápites ideados para un simple vuelo de langosta; es decir, a no muy elevada altura y más bien apta —si también se me lo permite— para el ejercicio del microrrelato, relato corto o relato de poca monta. Acorde a una patológica adicción a causas definitivamente perdidas, que por la maldita gracia de no sé quién, sin muchas pujas he heredado... Por consiguiente, continúo fiel a la misma causa...

Pues, yendo a lo mismo; dado que la cuestión de lo hasta aquí narrado no termina aquí, más bien se inicia aquí, de igual manera se puede pensar —y lo digo con soberbia de humildad retomada— que, de entre esta mandanga de platos resquebrajados o a punto

de quebrarse del todo, tendría por fuerza que existir una tabla a la que asirse con algo más que dientes y uñas. Dicha tabla, aunque se haya tratado de una insignificante y jabonosa astilla, ha sido lo único que habría quedado de aquel monumental naufragio. Y lo he conseguido, después de no pocas burbujas practicadas —algunas, por fortuna, de franca remontada—, para finalmente hacerme con una de esas astillitas que a buen recaudo mantengo bien guardada en mi alacena. No se lo digan a nadie, pero pienso que ya es hora de sacarla a respirar. Lo importante a destacar es que, tal como las buenas astillas que aprecian el serrín de sus entrañas, esta es como pocas, propietaria de un funambulismo muy especial, ni muy corriente ni fácil de explicar, ya que trata de un proceso (mejor dicho, de un suspenso) bioquímico y neurocientífico que hace verdaderos equilibrios sobre unas ascuas que van más allá de todo lo conocido, incluso, me atrevo a decir, de lo que a futuro queda por conocer. Quiero decir, mucho más allá de lo que pueda aparentar ser, y más acá de lo que se pretende como contrapartida. Por consiguiente y yéndome a lo concreto y dicho en palabras simples: el mentado elixir milagroso trata de un metasistema, inserto en un discurso, creo que con acierto, llamado «Tesis doctoral honoris causa-Efecto», desarrollado con relativo éxito por su iluminado creador, el ilustre Sabino del Canto Mercader, doctor y catedrático de biomímesis de la Universidad del Mar Austral, origen y patria del que sucumbe en estas notas. Cuyo sustento y fundamento —de alcance intermedio y contenido de aplicabilidad práctico-conceptual—, inicialmente concebido y dirigido a menesteres que en nada tienen en común con el tema que nos ocupa y al que, por tanto, no me da la gana referirme, vino de rebote a proyectarse hacia una muy oculta y alta capacidad de producir (trascendentales) cambios, orientados en lo fundamental —y, como decía, por arte de birlibirloque o como también alguien dijo, por arte de la pura y puta casualidad, como ocurre con la mayoría de los inventos o aciertos científicos— al rescate de restos de nuestra provi decadente categoría de terrícolas humanos, hasta ahora de dudoso

fuste y desguazada categoría (esto último lo agrego yo). Pues dicho elixir rescatador —como digo— concebido no precisamente para esta clase de necesitados en crisis existencial como la de los presentes, pero llegado magistralmente de rebote a sus pretinas, el que aparte de lo dicho resultó —igualmente de rebote— poseedor además de otra exuberante cualidad agregada; como es tranquilizar conciencias maltratadas, a causa del fuego abrasador que nos rodea, paraliza e intoxica —en el bien entendido que dicho ejercicio teórico-práctico, según palmariamente se deduce de la detenida y distendida lectura del prospecto—, deberá ser realizado a costas de prácticas lo menos *culi bajas* posibles; es decir y, para comenzar, poniendo todo lo necesario que de cuitas haya para una correcta interpretación del mismo y de esa suerte, acceder a los ambiciosos objetivos, igualmente de rebote mencionados. Los que acorde a lo expresado (o deducido) tampoco servirán para mucho más que para lo ya suficientemente explicado. Cierre de esta cita con innecesario verso agregado.

Resumen más bien corto (aunque no lo parezca).

Pues que, dicho lo dicho, el procedimiento y singular método por mí usurpado tuvo desde el comienzo y como objetivo una aplicabilidad situada al margen de otros propósitos, pero sí como indiscutible herramienta para los nuestros perseguidos. Es decir, para la ardua intervención sobre pacientes en franca caída vertical, muchos de los cuales diagnosticados como gordianos terminales sin remedio, así como otros no tan graves o simples patólogos mortales. Para, que tras metódicas pausas, rigurosamente calculadas, irlos empalmando, tanto en lo referido a culpables como a inocentes en sus diversas y sucesivas pautas y categorías escalonadas, para a continuación, darles a cada cual su virtual merecido, tanto en términos de visibilidad de ingredientes y desglose de ellos como gestores, perpetradores responsables como sutiles y dúctiles inocentes. Y, a partir de esta suerte de tribunal supremo, idear nuevas voladas, aunque no hayan servido para nada más que como procedimiento para desatascar cocos, pero que ni el vuelo más austero

y más renacentista hubiese podido jamás imaginar. Todo lo que también y definitivamente implicaba descartar visiones timoratas, conciliadoras, conformistas o gatopardistas. Formas torticeras tradicionalmente utilizadas para ralentizar o confundir al personal y darle —como siempre lo han hecho— con el mismo mazo al mismo bombo y mismo platillo...

¿Cómo llevar a término tan pretencioso y experimental vuelo a lo desconocido? Pues simplemente con visualizaciones ni confusas ni filisteas trampas hechas al solitario. Parece simple..., pero no lo es en absoluto... Pues —como dice el algoritmo recetario— «debe agregarse al guiso solo lo que aguante la receta (seguido, claro está, de adecuado remezón)». Todo esto en términos puramente teóricos. En lo práctico y aterrizado, se me antojó la extrema urgencia de salir al encuentro de lo que por fin conseguí: el milagroso instrumento que le pusiera pies y cabeza al ambicioso plan. Cuyo mecanismo central sería involucrarnos como los humanos que decimos ser, con otros seres, a quienes tan despiadada, ligera y sesgadamente calificamos como simples bestias, y que yo, en ejercicio acorde a mi oficio de ilusionista y exhumado pastor, concluí que, para dicha operación de ajuste, lo que no deberían faltar eran las incondicionales ovejas de mi incondicional rebaño. Sin descartar, si el caso lo requiriera, a otros seres de igual o similares talentos, quizá más lejanos, menos austeros, pero no por ello menos válidos, como serían los saltamontes, los caimanes de río, los papagayos o los pingüinos patagónicos... Y eso por no mencionar a otros, ni más cercanos ni más lejanos, con quienes con seguridad podríamos también llegar a acuerdos y en su momento echarles mano.

Eso por un lado, para luego, desde una perspectiva más aseada, fundamentalmente de ventrículos cerebrales y libres, por tanto, de preceptivas escrituras, examinar todo lo que por realidad actuante y válido se nos ha vendido inoculándolo directo a nuestras venas. Yo, por mi parte y como ya lo adelantaba, a pesar de lo rocalloso del tema, creí (quizás ingenuamente) haberlo conseguido. Esto, por mi cercanía a la mente y proceder de «mis» ovejas, ya

que, como es archisabido, corresponde a la especie que toda mi existencia he soñado expoliar y depredar. Por consiguiente, la que forzosamente más desconozco, pero la que, no obstante, con más ahínco y cierta puja punitiva-involuntiva he creído poder llegar a conocer. Y esto debido a la perspectiva que me da, por ejemplo, el cardado de sus lanas (perdón..., he querido decir de sus entrecruzadas conexiones neuronales), que también he creído un factor muy importante a considerar, para la facilitación de la ardua faena que se nos presentaba hacia delante. Todo lo dicho, obviamente desde un trazado mucho más allá de lo metafórico. Ya que, a tenor de una selección pormenorizada de cada gramo de su estiércol, y, por ende, de su sapiencia íntima e intro concebida, sin olvidar su nunca bien ponderada materia prima —que, a decir verdad, no tengo ni la más remota idea cuál es—, sería símil aplicable a todo cuanto los humanos concebimos como conducta de aseado cumplimiento y proceder, lo que no es otra cosa, ni demasiado diferente a la mierda que nos ha tocado pisar a lo largo de esta puta ruta que nos han obligado a pisotear. Lo que también sería de justicia reconocer —esto que vaya como un elemento más de culpabilidad o de insostenibilidad agregada— es que, a pesar de haber tenido por tanto tiempo ese monumento de boñiga plantada ante nuestros ojos, no hemos hecho otra cosa que mantenerla bien oculta bajo las siempre farisaicas y socorridas mantas. Sin ir más lejos, yo mismo —sin hacer demasiadas gárgaras— en múltiples ocasiones me he dado maña, como hacen las calculistas y sabias avestruces, en esconder sibilinamente la cabeza bajo los sobacos.

Hasta aquí, solo en teoría y dicho sin ambages lo básico y ambiciosamente pretendido. Y para dar corte a esta cuestión retorno, pues, al relato dialogado de páginas anteriores.

—A partir de este punto y después de este barnizado repaso en los afanes, algunos como se ve bastante cargados a lo *masoka*, debo decirte, mi queridísimo Olegario, dado que tu drama supongo viene de alguna manera y en más de algún terrón agridulce a empalmarse con lo mío, estaría, por fin, en condiciones de plan-

tearte algo que desde un tiempo a esta parte, y como habrás podido deducir, ha sido para mí muro de lamentaciones y elemento de rebote totalizante para toda clase de orgásmicas necesidades; entiéndeme bien, espirituales, así como también de algunas onanistas noches de desvelo. Por lo que, sin más estridencias, ni estirar más de esta cuerda, demasiado ya estirada, te disparo la pregunta del mil millón: ¿estarías dispuesto, tal como hacíamos en nuestros remotos juegos (prohibidos) de canalla infantil y socorrida infancia, a someterte a esta suerte de psicomagia *humanometamorfoanimaloide* que te ofrezco sin costo alguno? Naturalmente señalando todos y cada uno de los círculos infernales de un recorrido, que se presenta, querámoslo o no, con inevitables implicaciones y cerebro masturbatorios recorridos...

—¡¡Pero, Pastor..., pastorcillo, gitanillo del arma mía y de todos rebaños que signas, te resignas y autoasignas...!! ¡¡Te vuelvo a desconocer por completo, hijo!! Eres para mí y desde hoy *er* más renovado de *toos* los Vallados que este perro mundo ha *dao*. Pero, ante esta multimillonaria pregunta, que sin piedá *vuercas* sobre la calva de este *humirde* servidor, pido te hagas cargo *der* volumen y carga explosiva del disparo... En resumidas cuitas y en plan más serio y menos oneroso, decirte que aún tendría que pensar un poquillo más tan kilométrica oferta...

Aquí se produce una interrupción en el paso y repaso de las agujas del reloj. A espera, claro está, de la trascendental resolución. Lo que me ha dado pie a reanudar esta distópica narración —ahora en plan tercera persona—, quiero decir como simple especulador de butaca. Dicho de otro modo, como fresco omnisciente narrador-observador, acompasado —como a menudo suele decirse— de relevante cambio de tercio.

Es así como en esta bendecida suerte —de clásico retorno a peregrino entonces—, que comenzó con un indescriptible tiempo, absolutamente infumable en términos de calidad y densidad de los humos emanados a los que se le vinieron a sumar (o a fumar) los más infumables y enrevesados malos humos, los que, a la postre,

derivaron en infumables horas, que bien pudieron ser infumables e insufribles días, incluso unas no del todo computadas infumables semanas... En las que se pudo observar cómo, minuto a minuto y fruto de los mismos, se iba perdiendo toda noción y medida de los ritmos y sus consiguientes temporalidades, tanto cronológicas como del trazado cartográfico de las mismas. Todo esto —como es obvio—, válido para ambos contrincantes, desde entonces enfrentados en permanente, franca e indiscutida lid.

Como ejemplos a señalar, pueden reseñarse los siguientes.

A nuestro sufriente y diligente Pastor, se lo pudo ver en variopintas posturas, muchas de ellas, seudomelancólicas y meditativas, y otras como en un todavía más enigmático y desconcertante ejercicio de pitagórica —hasta cierto punto paliativa— meditación introspectiva, en este caso, en poses rematadamente clásicas acerca de aquel socorrido pensamiento (socrático en este caso) referente a solo llegar a saber aquello de lo que absolutamente nada se sabe, o algo parecido. Aparte de otras espectaculares cabriolas y saltos semimortales, o directamente mortales... Todos, por fortuna, sin llegar a concretarse. Eso en lo que a nuestro Pastor se refiere. Y en lo que compete al esclerótico y escéptico Olegario, se le pudo ver (afortunadamente a la distancia) en poses similares a las del llamado jolgorioso pensador de Rodin, así como otras, igualmente posturales como las que adoptan en algunos tramos del día ciertas aves zancudas de corral.

Y como resumen de toda aquella meritoria *performance* a medias colectiva: al primero se lo pudo percibir haciendo claramente mutis por el foro a su propia dinámica interior. Y al segundo, en denodados esfuerzos —externos en este caso—, por equilibrar toda su sufriente humanidad sobre una sola pata. Para luego, a ambos —correlativamente en pautas sucesivas y a mi juicio demasiado reiteradas—, en la observación extasiada de algunos cráteres lunares, cuando no, de los baches del maltratado estado del terrado de la malograda casa del vecino de uno de ellos...!

Al cabo de un tiempo —sísmico esta vez, pero escasamente computado—, se observó también desde la distancia a ambos darse de la mano ante un roñoso y doble espejo —curioso acontecimiento dados los antecedentes antes descritos—. Acompasada sí dicha acción con escatológicas estridencias, algunas de las cuales, por lo expresivas y extensivas en magnitud —con ciertos matices materialmente existenciales (aunque relativos) y por ello no reproducibles—, que dejaban a culo descubierto y en sospechoso suspenso tensional a otras tantas en peores actitudes (correlativas a las anteriores, pero en algún sentido, de franca aporía senso interpretativas acerca de sospechosas normas). Para finalizar tales dramáticas escenificaciones coreográficas y ponerles suficiente atajo, se pudo escuchar a nuestro Olegario farfullar entre dientes y en regurgitada y emplantillada actitud (como saliendo de una ducha fría) la siguiente y solemne alocución, a socaire de un gesto al parecer definitivo por lo explosivo que a mansalva proyectó:

—¡Bueno, tío..., definitivamente creo que lo tengo...! ¡¡Lo tengo y lo retengo bien cogido de las mandíbulas externas, tío!! —vino jolgorioso a expresar, dándose a continuación meritorias palmaditas en el pescuezo, más allá de sus ascuas más procaces, para en enigmático y tibio vozarrón agregar—: ¡Creo que el bendito tema o sistema en paradójica disuasión y proyección, si así sería lícito llamarlo —dijo, lleno de injustificados y beneplácitos gestos condescendientes hacia sí mismo—, me lo tengo más que *mamao*..., tío. ¡¡Y observa lo bien que me lo he de-sen-vai-nao...!! Quiero decir, dejado... fuera de esta vaina, tío.

Para, acto consecutivo, dirigido a un público lógicamente inexistente, exhibir muy ufano su cuerpo del delito. Exclamando a continuación:

—¡¡Y... de qué magistral manera, tío!! Pues me lo he *mastico* y *roío* a base de bien y de mi consiguiente y voluntariosa voluntad... —Para, a continuación, con el mismo énfasis despiojado de complejos, y como era de esperar, ninguna pausa, a franca carcajada, de risa se partió...

Después de dicha tormentosa habanera... (parecida a esas nostálgicas de llegada y despedida de una misma vez), se despachó del todo satisfecho con la siguiente alocución:

—*Too*, absolutamente toíto bien resuelto, tío. *Too*, *encúchame* bien, tío..., *too* en lo que atañe a lo conocido, a lo desconocido, a lo escasamente transmitido y por conocer, que también tiene lo suyo, tío, de todo el conjunto de tu perimetral y monumental propuesta... Aunque, como podrás imaginar en algunos tramos —acotó con cierto desajuste de bielás— haya sido claramente indigestiva, tío. Tanto es así que, después de hacer *mutatis mutandis* y con permiso a mi santo foro y perímetro-interior (¡cágate!), me atrevo a hacerte algunas simples pero vívidas *preguntaciones*. Algunas tan crudas como ¿cuál sería el color y sabor del agua de tu estanque? Para mí es absolutamente primordial saberlo, tío. Así como tantas otras bandurrias similares y básicas —repitió. Y, llegado a este punto, muy campante se plantó con lo siguiente—: Ahora me pongo sereno, tío, y con la mitad de la milanesa que aún me queda en la petaca... hago la segunda y básica *preguntación*: ¿cómo y cuál será el despegue... y cuál y cómo el amerizaje...? ¿Será o no con esta santa burria de por *miedio*...? Porque, de ser así..., tío, me lo paso...

—Vamos, Olegario... A pesar de tu dialecto, creo poder entender cuáles son tus resumidas dudas y qué te inquieta. Es básicamente no saber cuál será la longitud y tiempo de esta punitiva *performance*. ¿Es eso o me estoy equivocando? A este respecto, te debo decir que certidumbres lo que se dice certidumbres no te las puedo del todo garantizar, porque muchas de ellas tallan en penumbra... y algunas otras muchas brillan por ausentes...

—Vaya..., pero *intonces* entiéndeme bien, Vallado... Si coges bien mi cable, concordarás conmigo con que el volumen de tu oferta es de agarrarse con cuatro manos y todos los andamios anatómicos forenses disponibles, por lo que se nos puede...

Después de este vendaval de desajuste de engranajes que me ha dejado bastante mermado de recursos, me las he arreglado con

lo que me quedaba (felizmente rescatado), y conseguir ponerme a tono y volverle a contestar:

—Bueno..., mi querido Trompo loco, aprovechando que estoy de humor, y de verdad, que lo estoy y como nunca..., puedo llegar a ignorar e incluso hasta asumir tus ditirámicas salidas... tanto en meridianos como en paralelepípedos rectos o curvilíneos... Y aclararte que el despegue de la avioneta que con detenimiento y rigor he preparado no sería ni con mucho lo insondable, si por son-dable entiendes lo menos insondable... ¿Se me entiende ahora?

—La pura verdad es que muy poco... ¡por no decir nada...! Pero no te maltrates, tío..., porque yo tampoco es que me entienda mucho.

—Entonces, será mejor que vayamos más al grano... Te lo explicaré con lenguaje menos etrusco. Pues, verás... La historia esta no va ni con mucho de los alardes empleados hasta aquí. Simplemente va de algo mucho más simple y auscultable... A este respecto mi hoja de ruta tiene como primera asignatura que toda su trazabilidad y andamiajes se asuman sin quiebres ni requiebres y ningún otro mondongo de esos que te gustan tanto y que pretendes añadir. Y digámoslo todavía más claro: como un solo aparecido... En collera, sí, pero suficientemente a salubre distancia... para, a partir de ahí... Vaya..., que lo que quiero decir es pasar de un vacío incierto como el padecido hasta aquí a un destino filial y suficiente, pero en gran medida ignoto. Dirás, ¿y cómo se come todo eso? Pues, siguiendo los pasos de una caprichosa madre. Madre oculta de todo lo hasta aquí escuchado. Que, en resumen, viene a tratarse de ¡un prestigioso y prodigioso potingue, que al día de hoy tengo bien guardado en mi petaca...! Un milagroso hallazgo de la madre natura... ¡Más bien de un padre laboratorio! El que ha permanecido, como habrás podido ver, muy a resguardo y a la espera. Listo para el definitivo zarpazo. Efectivamente, se encuentra, punto arriba punto abajo, centrado en un insignificante mojoncito de accesibilidad restringida, no obstante, potentísimo en alcances psicotrópicos, como habría dicho mi otro tío Eusta-

quío, y como más adelante se verá, con resultados desde luego no tan restringidos... No me preguntes detalles. Ni cómo ha llegado tan excelsa maravilla a mi humano ser, porque yo mismo no lo sé. Solo sé que ha sido como un soplo magistral caído de las nubes. Pero lo básico es conocer la forma en que actúa y cómo lo hace en función de nuestras pretensiones, al menos de las mías. Para, a partir de ahí, adentrarnos en sus requisitos dominios y bemoles, que significa dejarnos desde ahora de mandangas colaterales, ya que, transcurrida esta breve pausa que bautizaré como desesperado recurso para ir al servicio, pasaré a accionar este vanguardista botón de comunicación inalámbrica que a mi diestra tengo... Del que, pasado un valioso tiempo, que se dice preciso y suficiente, ya no habrá lloriqueos lamentosos ni recules ni vueltas atrás... ¿Qué tal?

—Sin comentarios...

(Bien..., como la cosa se complica... De momento, lo aparcamos por aquí.)